

El lugar sin culpa o la (im)posibilidad de la inocencia

Norma Sturniolo

El lugar sin culpa de José María Merino (La Coruña 1941)* ha sido la obra ganadora de la XVIII edición del Premio de Narrativa Torrente Ballester, convocado por la Diputación de La Coruña. Se trata de una novela corta de gran intensidad, abierta a varias lecturas. Gira en torno a la imposibilidad de escapar de nuestra memoria y a la necesidad de enfrentarnos a los problemas como única vía para solucionarlos. Como en toda la producción de este escritor coruñés de nacimiento, leonés de adopción y residente en Madrid hay que destacar la precisión y riqueza del lenguaje con el que se teje una trama donde los límites entre vigilia y sueño, realidad y fantasía son borrosos. Esta es la segunda novela de Merino en la que el personaje protagonista es una mujer. La anterior fue la novela histórica *Las visiones de Lucrecia*, que también obtuvo un premio. Entonces fue el Premio Miguel Delibes de Narrativa. Lucrecia es un personaje que se basa en una mujer de carne y hueso: Lucrecia de León que vivió en el siglo XVI y sufrió los rigores de la Inquisición. La protagonista de *El lugar sin culpa* no remite a un personaje histórico pero podría muy bien identificarse con una mujer profesional de nuestros días. Si nos atuviéramos a una lectura que considere la historia desde un punto de vista realista –insuficiente a todas luces cuando el autor del libro es José María Merino, uno de los mejores narradores vivos de literatura

* José María Merino: *El lugar sin culpa*, Madrid 2007, editorial Alfaguara, pág. 10.

fantástica—, hablaríamos de la huida real de una bióloga, la doctora Ángela Gracia, hacia una isla casi desierta donde trabajará en un laboratorio tratando de olvidar su drama familiar. Tiene unas relaciones difíciles con una hija adolescente que ha huido de su casa, un marido ausente y una madre senil que parece haber preferido a otra hija. Los problemas familiares y generacionales, el ansia de huir a una isla paradisíaca nos resultan temas cercanos, lo que da un tono realista a la historia. La protagonista desea olvidarse de todo, ser como las lagartijas de la isla que no se ven agobiadas por las tribulaciones de la memoria. La mirada del personaje que se detiene en esos pequeños reptiles propicia el cambio de persona narrativa. De la tercera persona con punto de vista centrado en la protagonista se pasa a una segunda persona narrativa en un desdoblamiento donde el tú representa lo imaginario, el deseo confuso proyectado sobre las lagartijas a las que la protagonista atribuye la llamada de la isla. En ese desdoblamiento cercano al delirio hay una sintaxis que es reflejo de la ansiedad de la doctora Gracia y un estilo literario que es espejo del estupendo dominio del autor:

hazte como nosotras, ven con nosotras, entra en este espacio que sólo tiene pequeñas memorias de lo concreto, de lo reciente, abandona ese destino en el que se entrelazan tantas desazones, esa tortura del sentir humano, elige algo de aquí, ser pino, acebuche, sabina, dejarte acariciar por el viento, el ascenso de la savia ni gusta ni duele, ese pino enorme que se alza cerca de la puerta, su corteza quebrada que no parece materia orgánica, sus ramajes de agujas, sus piñas minúsculas donde nunca podrá desolarte el pensamiento, hazte peñasco, cristalízate, las peñas no viven pero existen y existirán, ni duermen ni velan pero el sol las calienta, hazte lagartija, disfruta también del sol sin saber lo que es, mueve tu cuerpo sin conocer que es un cuerpo ni que te pertenece.

Arbolízate, matorralízate, petrifícate, lagartízate.

Ese deseo puede hacer recordar al lector el poema *Lo fatal* de Rubén Darío, donde el yo lírico expresa el dolor de sentir así como la pesadumbre de ser consciente y manifiesta su envidia hacia vegetales y minerales en la primera estrofa del poema: «Dichoso el árbol que es apenas sensitivo/ y más la piedra dura porque esa ya no siente, / pues no hay dolor más grande que el dolor de ser vivo, / ni mayor pesadumbre que la vida consciente.»

Los personajes novelescos y el mito

Los escasos habitantes de la isla, cuando acaban sus respectivos trabajos, se reúnen en un cobertizo que hace las veces de taberna. Todos tienen secretos dolorosos, incluso la isla paradisíaca guarda la memoria de unos hechos trágicos porque, como se dice en la novela, «no hay sitio libre de tragedia». La llegada a la isla del cuerpo ahogado de una joven actúa como un revulsivo que despierta a los personajes de esa indiferencia en la que parecen estar inmersos. Lo que se cuenta favorece la identificación del lector pero al mismo tiempo se utilizan recursos que desencadenan la desidentificación. Entonces nos preguntamos si lo que se narra es real o producto de la imaginación de la protagonista?¹. ¿Esos personajes que la rodean existen o son inventados por la doctora Gracia? Todos los personajes secundarios son portadores de ese dilema desde el momento mismo en que hacen su aparición. Se desconoce sus nombres y son presentados con apodos. A la hija adolescente se la designa como *la Nena Enfurruñada*, al marido como *el Buen Marido*, a la hermana como *la Hermana Preferida*. Otro tanto sucede con los pocos habitantes de la isla. Se habla de un *Poeta Suicida*. Al arqueólogo que investiga unas ruinas paleocristianas se lo denomina como *El Hombre de los Tesoros*; el becario que trabaja en el laboratorio es *el Chico Taciturno*; el oficial que manda el destacamento militar de la isla es *el Apuesto Oficial*, la ayudante de la bióloga es *la Alegre Rosita*. La única taberna de la isla (significativamente llamada *El lugar sin nombre*) está regentada por *el celoso Escamillo*, designado como el personaje de *Carmen* y su insinuante compañera es *La Rubia Cantinera*. Del pescador del lugar se dice el nombre pero se le adjunta un adjetivo y una aposición que es un epíteto caracterizador: *Rafalet Viejo, el Pescador Tradicional*. Los apodos producen un extrañamiento. Esos personajes, designados de esa forma,

¹ En la página 85 podemos leer una afirmación que favorecería la hipótesis de que todo es imaginario: «Una fotografía en una pared le facilitó la primera imagen de la isla real, y otra isla similar, imaginaria, fue emergiendo lentamente en el mar de su conciencia, como un espacio de refugio, de pérdida reparadora». O sea, que la dualidad no afecta solo a los personajes sino también al espacio: la isla real y la isla de la fotografía, desencadenante de una isla imaginaria.

parecen ser la repetición de otros, repeticiones de la vida humana que, como decía Borges, tiene asegurada su vida en las vidas ajenas, puesto que todos somos uno y lo mismo. Con tales denominaciones pasan a convertirse en arquetipos, en símbolos. Merino afirma en su libro de carácter ensayístico *Ficción continua* que la novela sigue siendo el depósito del sentido originario de los mitos y que justamente por ello se resalta lo significativo incorporando esa voluntad de permanencia de los mitos y ofreciendo así una lectura simbólica que no se pierde con la sucesión de los lectores.

Los apodos también producen un efecto humorístico que contribuye a la imposibilidad de la identificación ya que el humor es un generador de distanciamiento. Asimismo tenemos la sensación de que, como en *El gran teatro del mundo* de Calderón, a todos ellos se les ha asignado desde el momento del nacimiento un papel para representar. La dimensión mítica revelaría el carácter imaginario de los mismos. Otra vez volvemos a las preguntas. ¿La doctora Gracia ha huido a la isla o ha imaginado huir a la isla a través de la fotografía que hay en la consulta de su médico? ¿Cuál es la realidad? ¿Si es producto de la imaginación hay discriminación en la protagonista entre lo real y lo imaginario? Si no la hay, lo imaginado sería fruto del delirio en el que realidad y fantasía se confunden. La maestría de Merino difumina los límites y cuando parece que podemos elegir una opción, da otra vuelta de tuerca dejándonos la sensación de que hay un sueño dentro de otro sueño. El tema de la identidad tan querido por el autor aparece una vez más unido al tema del doble. Los personajes participan de la dualidad realidad/imaginación. *El Hombre de los Tesoros* se parece física y espiritualmente al médico que atendió a la hija de la doctora Gracia². A su vez cree estar habitado por un otro siniestro que, incluso, puede dañar a los seres queridos. *El Hombre de los Tesoros* se siente culpable de la muerte de su hijo. Hay

² Si optamos por la idea de que todo es producto del delirio de la bióloga que está en la consulta del médico podríamos aventurar que *El Hombre de los Tesoros* no existe fuera de la imaginación de la protagonista y por eso lo revistió con la apariencia y personalidad del médico de su hija que también puede ser el suyo.